

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES.

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenezca.

30 de Noviembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 28.

SUMARIO.

Los dos viajeros, novela.—Calvario y redención, cartas de tres hermanos.—Jesús perdido, poesía.—La flor del cielo, novela.—Sección doctrinal; La senda del cielo.

LOS DOS VIAJEROS.

(CONTINUACION.)

¡Cuán feliz va á sentirse mi madre, tantas lágrimas como le cuestó!.... Mi madre lloraba porque me veía infeliz y pedía á Dios remediase mi mal... Y el remedio ha venido... Si, estoy curado... me siento cambiado...; puedo sufrir, más no desesperar.... Esta es la partija del cristiano: sufrir, esperar...

Al atravesar un pueblo oyeron el tañido de la campana de una iglesia inmediata. Héctor hizo

parar la silla de posta, diciendo:

—No quiero esperar más... Tengo prisa de encontrarme ante Dios á fin de implorar su misericordia... Entremos, amigo mío, entremos en el templo: V. como primogénito, yó como el infeliz pródigo.

—Ya sabe V., dijo Roberto sonriendo, que el hijo pródigo fué también acogido por el padre de familias, que excitó los celos del primogénito.

Entraron en la iglesia, en donde multitud de fieles cantaban la *Salve Regina*, este hermoso cántico que respira toda la melancolía del alma desterrada lejos del cielo. Los dos amigos se arrodillaron é invocaron á la dulcísima y clementísima Virgen, suplicándole volviese sus ojos misericordiosos á ellos, que gemían en este valle de lágrimas. Cuando el canto hubo terminado, el sacerdote expuso sobre el altar el copon en que reposa el divino Emanuel, y al punto todas

las frentes se inclinaron para recibir la augusta bendicion. Cuando Héctor se levantó, sus ojos estaban bañados en lágrimas, y al salir apretó contra su pecho el brazo de su amigo, diciendo:

—¡Dios es bueno y yo soy feliz!

Despues de un corto viaje llegaron á Friburgo, y atravesando sus pintorescas calles, la silla de posta se detuvo delante de un elegante edificio que parecia deshabitado, pues todos los postigos de las ventanas estaban cerrados. No obstante, al ruido del carruaje una mano levantó una persiana. Héctor levantó los ojos, y dijo con emocion:

—¡Es mi madre!...

—¡Dichoso V. querido Héctor! exclamó Roberto suspirando al recuerdo de la suya.

Abriose la puerta cochera, y la silla de posta entró en el patio. Héctor se hallaba en los brazos de sus padres.

—Hijo mio, le decia su padre tomando una de sus manos, ¡cuán larga me ha parecido tu ausencia!

Su madre le abrazaba, diciendo á su vez:

—Héctor mio, no viajes tanto... temo morir en tu ausencia.

—No, madre mia, no os dejaré ya más... Padre mio; he vuelto para no separarme ya más de vuestro lado... Permitirme que ayude á mi amigo á bajar del coche.

Algo sorprendidos quedaron los señores de Mesnil viendo que su hijo, hasta entonces tan insociable, tan huraño, les presentaba un compañero de su edad, al cual parecia querer con exceso; pero sin manifestar su admiracion, hicieron á Roberto la mas cordial acogida, á la cual correspondió este con la manera noble y sencilla que le era habitual.

El dia declinaba, y despues de una corta y cordial reunion, se separaron. Héctor, empero, despues de instalar á Roberto en su aposento volvió al encuentro de sus padres, que conversaban por lo bajo, y se decian:

—Nuestro hijo parece mas feliz... ha venido todo cambiado... ¿que le habrá acontecido?...

Héctor entró en aquel mismo instante, y despues de abrazar á su madre, sentóse entre ella y su padre: ambos le miraban con ojos de cariño, hasta que al fin tomó la palabra, y dijo:

—Me habeis rogado que diera fin á mis largos viajes, y os obedeceré, pues he encontrado lo que con tanto afán buscaba. Si, habíase apoderado de mí un mal insoportable; buscaba una paz que en ninguna parte encontraba, pues estaba muy lejos de buscarla en su verdadero origen; pero en adelante, así lo espero, no tendré necesidad de recorrer el mundo para encontrar

un bien que el Señor concede á quien quiere.... He vuelto á Dios... Soy cristiano, y lo seré hasta la muerte.

—¡Ah, hijo mio! ¡qué alegría me das! exclamó la madre.

—¡Bien, Héctor, muy bien! dijo su padre tomándole la mano. Tambien yo, despues de los errores de mi juventud y de las vanidades de una falsa ciencia, he vuelto á la práctica de la religion, y solo deseaba una cosa, esto es, verte seguir mi tardio ejemplo... ¡Loado sea Dios! ahora seremos felices. Pero dime, ¿quién ha llevado la conviccion á tu entendimiento?

—Dios, padre mio, y despues de Dios este amigo que os he presentado y que la Providencia ha interpuesto en mi camino para que me abriese los ojos del alma.

—¡Este pobre jóven!

—Si, madre mia, y en nombre del gran bien que me ha hecho os ruego le mireis de hoy mas como un segundo hijo.

—¡Ah! con todo mi corazon! nuestra casa, nuestra mesa, nuestra fortuna, todo estará á su disposicion...

—Pero solamente os pedirá vuestra amistad.

Héctor contó á sus padres detalladamente y con todo el fuego de una emocion viva y reciente las circunstancias que le habian hecho trabar amistad con el pobre ciego. Deslizóse parte de la noche en tan grata conversacion, y á la mañana siguiente al recibir á sus huéspedes Roberto pudo comprender que no le miraban como á un extraño.

Héctor cumplió desde luego sus promesas; y gustó todas las delicias que de ordinario acompañan á los primeros dias de una feliz conversion, hermosa primavera del alma.

Sus padres y amigos tomaban parte en su dicha, y otra circunstancia vino á aumentarla. Un dia llamóle su padre, y le dijo:

—Hace ocho dias examino detenidamente los ojos de nuestro buen Roberto, y mis estudios y observaciones me dan la conviccion de que su mal no es incurable, y que una operacion bien hecha podria restituírle la vista... No obstante, no me atreveria yo á intentarla, pues mis manos y mis ojos están muy débiles; pero he sabido que Mr. V..., el célebre oculista, se halla actualmente en Berna, y si te parece, le escribiria se viniese acá. Cuento que su juicio confirmará el mio, y tendremos la dicha de ver á nuestro Roberto libre de su triste enfermedad. Por supuesto, todo corre á mi cargo: gastos de viaje, de operacion...

—Pero ¿cree V., padre mio, que Roberto puede curar?

—No espero equivocarme.

—¡Cuán bueno es V.! llevemos á Roberto tan feliz nueva.

—¿Piensas que podrá soportarla sin demasiada emocion?

—¡Oh! padre mio, no conoce V. á Roberto y su abandono á la voluntad divina. Esté V. cierto que no elevará á Dios un solo suspiro para que le alcance su curacion...

En efecto, Roberto escuchó agradecido la comunicacion de sus amigos, y consintió sin dificultad en someterse á lo que le prescribiese el oculista, pero sin manifestar grande apresuramiento, ni mucha esperanza.

Héctor, al contrario, se inquietaba y afanaba por él; vivia en su amigo más que en sí mismo.

Llegó el oculista, y despues de un largo examen confirmó el juicio del Sr. de Mesnil, y mas aun halló que la operacion podia hacerse en aquel momento. Consintió Roberto, pero antes de ponerse en sus manos abrazó á Héctor diciéndole:

—Mi buen amigo, si la operacion no saliese á medida de nuestros deseos, cuidado con afligirte; digamos juntos: Señor, hágase tu santa voluntad!

La operacion fué larga y dolorosa. Al fin, el oculista separó el acero... y Roberto se levantó exclamando:

—¡Bendito seas, Dios mio!... ¡ya veo!... ¿Dónde está Héctor?

Este se echó en sus brazos. Todo era alegría y felicidad en la casa: un himno de ternura y de agradecimiento subia al trono del Señor...

(Concluirá.)

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Elia á María.

Mucho tiempo hace que no te doy noticias mias, mi adorada hermana María, y aunque poco tengo que decirte, te escribo para que no te olvides de tu Elia, para que como otras veces leas hoy en el fondo de su corazón.

Desde que él se alejó de nosotras mi vida corre tan igual y tranquila, como triste y desolada está mi alma.

Me parezco á un pobre ciego á quien dejaran ver por un dia la luz, el sol, la creacion entera, para devolverle al siguiente á sus sombras, á su aislamiento, á su oscuridad, que entonces le pa-

recería mas sombría, mas penosa, mas insupportable.

¡Ay de mí! antes una flor, un pájaro, un beso de nuestra madre, una caricia de nuestro fiel Tom, bastaban á hacerme feliz, á tenerme contenta todo un dia: hoy las rosas de nuestro huerto mueren y se agostan en sus tallos, sin que mi mano vaya á tocarlas: el canto de los ruiseñores que tienen su nido enfrente de mi venana, me parece el eco de mil suspiros lejanos; y si nuestra madre besa mi frente, por mis mejillas rueda una lágrima, mientras Tom fija en mí su inteligente mirada y espera en vano una señal para correr saltando á mi lado.

¿Por qué vino ese hombre á nuestra casa María?

¿Que suerte contraria le trajo á mi lado, para que al recobrar aquí la vida, dejase en cambio la muerte en mi alma?

Y sin embargo, yo bendigo á Dios por haberle conducido á estos sitios, y por haberle cruzado en mi camino, por que á pesar de su ausencia, á pesar de su olvido, aun tengo esperanza de volverle á ver.

Rafael así me lo asegura.

No deja de escribirme, de hablarme de él.

Dice que confia y espera.

Tambien de Gustavo he recibido una carta, triste, estraña y misteriosa, como todo lo que emana de él, y de la cual quiero copiarte una gran parte.

Hela aquí,

«Elia, dice, V. es el casto y puro rayo de luna que brilla melancólico y transparente en medio del azul de los cielos.

Yo soy la noche cargada de sombras y de tinieblas que angustia el alma con sus horas de soledad: ay! que tambien la noche puede ser hermosa y serena si la ilumina la apacible luna.

Oh! si las nubes que envuelven mi vida se disipasen, si se pudiese alejar la tormenta, aun en mi existencia pudiera haber paz, pudiera haber dicha.

El recuerdo de las tranquilas horas que pasé en esa casa jamas se borra de mi pensamiento. ¿Por qué la memoria mezcla en tal confusion las imagenes del pasado? ¿por qué la deformidad de las unas, descompone y deshace la belleza suave de las otras?

Oh! Elia, ruegue V. á Dios que el olvido corra su pesado velo sobre una parte de mi vida, por que si nó, seré siempre muy desgraciado.

Ayer he visto un retrato suyo, que no sé que casualidad ha puesto ante mí.

Tal vez Dios ha querido recordarme por este medio que aun hay ángeles sobre la tierra,

Yo habia vuelto á mi casa de una de esas reuniones donde se aprende á despreciar el mundo; donde se aprende á negar la virtud, donde el desengaño frio y punzante, apoderándose de de nuestro corazon, lo retuerce y lo desgarras sin piedad alguna.

Venia con mil proyectos de odio en la cabeza, con mil deseos de venganza en el alma; habia visto una vez mas que la amistad y el amor son una farsa en este mundo.

Al llegar á mi casa me habia dejado caer en un sofá sin permitir á Rafael que me ayudase á desnudar, causando á este buen servidor una gran inquietud sin duda.

Oh! y el fiel anciano quizá tenia razon! Quizá por mi mente rodaba en aquella noche un pensamiento de muerte.

Habia visto juntos al infame que me hirió casi á traicion, y al amigo en quien tenia mas fé, y la reunion de aquellos dos hombres empezaba á explicarme un misterio que antes en vano habia intentado penetrar.

Mi agitacion era terrible! maquinalmente habia sacado una caja de pistolas y las habia puesto al alcance de mi mano. Rafael sin duda temblaba por mi, y no se atrevia á dejarme, pero le di una orden terminante y tuvo que ceder.

Me hallaba pues solo.

Solo en mi estancia, solo casi en el mundo!

Empecé á meditar en mi pasado, en mi presente, en mi porvenir, lleno de todos los dones que pueden hacer dichosa á la criatura, y sin embargo enlutados y amargos por la falta de fé.

Poco á poco y cediendo al cansancio del espíritu mas que á la necesidad de la naturaleza, se inclinó mi frente, los objetos se confundieron á mi vista, y quedé al fin vencido por un extraño sopor.

No sé cuanto tiempo pasé de aquel modo: solo sé que al abrir de nuevo los ojos ví dos objetos que llamaron poderosamente mi atencion.

Eran dos retratos de mujer; el de mi madre y el de V.

¿Quien los habia colocado allí? lo ignoro, tal vez estaban antes en aquel sitio y la ofuscacion de mis sentidos no me los habia dejado ver, pero ello es que al contemplarlos, mi corazon latió dulcemente y nuevas ideas surgieron en mi imaginacion.

Mi madre con su semblante venerable y santo, con su mirada amorosa y su sonrisa llena de bondad, parecia decirme, «Aun hay lealtad y pureza en la tierra, hijo mio, y si dudas de ello mira mi frente coronada de cabellos blancos, jamas manchada con la sombra de una falta, mira mis ojos que se fijaron siempre en el

cielo, y dí, si te atreves, que dudas de la virtud. No, pobre hijo mio, aun hay en la vida hermosos horizontes donde se refleja la luz de los cielos, donde se respiran las auras tranquilas y santas de la verdad, donde el bien no es un sueño ni la pureza una mentira. Aun puedes encontrar una compañera que alegre con su sonrisa el hogar de tus mayores, que sea una esposa tan noble y digna como yo lo fui, y una madre tan santa como la que te dió la vida.»

Todo esto, Élia, todo esto creia yo escuchar de aquellos labios sonrientes, y al hallar su imagen de V. tan cándida, tan modesta y tan bella, colocada allí por la Providencia, una dulce esperanza llenó de encanto mi corazon, y las ideas de venganza, de despecho y de duda se disiparon de mi mente, como ante la claridad de la aurora se disipan las negras sombras de la noche. Oh! le debo á V. una vez mas casi la vida, por que solo Dios sabe á donde iban á conducirme las ideas que me dominaban.

Tal vez no esté lejos el dia en que redima V. mi alma por completo, y realice los designios de la Providencia, tornandome, libre de todo pensamiento culpable, á la olvidada senda del bien.»

Aquí, mi querida hermana, terminaba Gustavo su carta, su carta que no comprendo bien y que sin embargo guardo sobre mi corazon como un tesoro precioso.

¡Oh! si él fuera pobre, creo que aun podria tener esperanza! Mal hayan esas riquezas que le cercan, que no saben dar la felicidad y que abren un abismo entre nosotros.

No sé si haré mal, pero siempre que rezo por él, y lo hago todos los dias, le ruego á Dios que disminuya su fortuna y que aumente su dicha y su fé.

El cielo oiga mis votos, y cerque su camino de flores, aunque deje para mí las espinas que han de lastimar su planta.

Ahora veo, mi buena María, que he llenado esta carta con su recuerdo y con su nombre, olvidandome en ella de todo, hasta de hablarte de mi cariño hacia tí! hasta de hablarte de nuestra madre! Perdóname, mi dulce hermana: ya sabes que siempre te amo, pero sabes tambien que cuando el corazon esta lleno de un sentimiento, este sentimiento brota de nuestros labios, se escapa de nuestra pluma y se revela en todo nuestro ser.

Adios, nuestra madre te bendice, y te manda una lagrima de su corazon tu hermana,

ÉLIA.

JESÚS PERDIDO.

Miradla! sus altivos torreones
con anchas banderolas engalana,
y en sus severos pórticos se agitan
cruzando el viento profusion de palmas.

Es el florón de Oriente: es una perla
sobre un eterno campo de esmeraldas;
es la rosa mas bella de los valles
que recibe del cielo su fragancia,
es el lirio gentil de Palestina;
es la ciudad de Dios, la ciudad Santa.

Pastores de Judá y de Galilea;
hijos de Manasés y de Bethania;
moradores del Líbano y del Zakle
¿donde vais en alegres caravanas?

Jerusalén, Jerusalén la augusta
va á celebrar la fiesta de la Pascua,
corred hijos de Abraham, pulsad con júbilo
las vibradoras cuerdas de las arpas;
dad al espacio vuestros dulces cantos
que vivían cautivos en las almas;
id á inmolad el tierno corderillo
dócil y blanco en las sagradas aras.

.
.
.
.

Pasaron siete días y las tribus
disponen el regreso hacia su patria;
la flor de Nazareth, la Virgen pura,
la rosa del amor, la Madre santa,
camina unida á las demás mujeres,
que la ley, de los hombres las separa.

Ella va allí, mas no su pensamiento;
su pensamiento vuela con su alma;
y su alma es su amor, su amor su hijo
y el hijo queda atrás, sigue á su espalda.

María cruza el valle, sus cabellos
extremecen los besos de las auras,
y sus hermosos ojos van abriendo
un camino de luz por donde pasa.

Ella corre intranquila, indaga, busca
y se interna despues en la montaña
y pregunta á la roca por su hijo
y pregunta á los bosques por su alma.

¿Habeis visto á mi hijo? Ella les grita
corriendo por su rostro un mar de lágrimas,
y el pardo ruiñón en la arboleda
y el arroyo que cruza por sus plantas
y la brisa que torna á estremecerse
oyendo su aflicción, lloran, no cantan.

—Mujeres de Salén, dolientes madres
esposas sin ventura ni esperanza
que perdidos llorais á vuestros hijos
buscad al dulce bien de mis entrañas,
no me llameis hermosa; sin mí Amado,
sin el rico Tesoro que me falta,
soy una flor que vive sin rocío,
llamadme solo si desventurada,

—¿Qué mágico poder tiene tu acento:
qué expresión tan sublime tu mirada
que sujetas así las voluntades
como en la mar Jehová sujeta el agua?
Dinos quien és el hijo que Tú buscas;
dinos quien és el dueño de que hablas
y cruzaremos pronto las ciudades,
y cruzaremos pronto las montañas.

—Oid. Mi amor es rubio como el oro
blanca es su tez cual transparente nacar,
el azul de sus ojos es de cielo,
el color de sus labios es de grana;
su noble aspecto es magestuoso
cual cedro que en el Líbano se alza,
y el eco de su voz es mas suave
que la notas dulcísimas del arpa;
El cicatriza al verle las heridas
que se abren profundas en el alma;
Él envía el consuelo con su aliento;
Él lleva entre sus labios la esperanza;

Oh! que terrible pena madre mía!
tus continuos suspiros y tus lágrimas
los ángeles sin duda recogieron
para formar con ellos sus guirnaldas.
Si el cielo esta sembrado de diamantes
que fulgidos al mundo su luz bajan
sirviendo de corona al Universo
el cielo esta sembrado con tus lágrimas.

No llores mas, María; tus megillas
cobren el brillo hermoso de la gracia;
ya encontrarás tu Amor, pronto tu hijo
tornará á Nazarét en tu compañía;
no viertas los raudales de ese llanto
que brota de las fuentes de tu alma,
otro tiempo vendrá que mas padezcas
otras horas vendrán aun mas amargas:
que si Dios con su sangre allá en el Gólgota
va á redimir al hombre derramándola,
Tú tambien aflijida madre mía
has de salvar al mundo con tus lágrimas.

GABRIEL DE ENCISO Y NUÑEZ

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

Habían llamado con tal timidez, tan imperceptiblemente que Alberto casi dudaba si sería una ilusión de su mente.

Los golpes se repitieron, y una voz dulce y conmovida preguntó desde afuera:

—Puedo entrar? está V. solo?

—Oh! sí! aquí estoy; ven, Marina, me habías olvidado de que me esperabas.

La niña apareció á la entrada de la estancia y Alberto tuvo que exclamar,

—Ven, hija mía; y perdona si me has esperado en vano. En este momento estaba tan distraído...

—Sí, algo extraño y grave debe suceder, pues he visto á D. Juan, el administrador del señor Baron, entrar en su despacho murmurando algunas palabras que me han alarmado.

—Como! ¿pues qué decía?

—No puedo afirmar... pero entre otras cosas le oí que exclamaba muy distintamente: «Qué desgracia! qué lástima! perder así en un día tal capital!»

—Oh! tranquilízate, Marina, la desgracia de que hablaba D. Juan, no puede alcanzarte á tí, dijo Alberto lentamente.

—Á mí! Ah! ya sé que nó! yo soy una pobre jóven que nada posee, y nada por consiguiente puede perder, pero ¿el golpe que amague á mis bienhechores, no ha de herir directamente mi corazón?

Alberto miró á la niña con cariño, y la preguntó:

—No era eso sin embargo lo que tu querías decirme antes, ¿es verdad?

—Oh! no por cierto!

—Entonces...

—Se trataba de mí... digo mal, mas que de mí; se trataba de mi madre.

Alberto que aguardaba aquellas palabras, esperó á que la niña prosiguiese, y esta continuó:

—De mi madre, á quien no conozco, pero á quien es forzoso que yo vea: de mi madre cuyo nombre no sé, pero á quien mi corazón llama á cada instante, y V. solo puede llevarme á su lado; V. solo, señor, puede decirme donde está.

—Yo! respondió Alberto aturdido, yo...

—Oh! si, V. conoce el secreto de mi nacimiento y es preciso que me lo revele. Se puede decir

á una niña «yo soy tu bienhechor, á mi lado no carecerás de nada, te daré cuanto tú desees, y tú en cambio serás feliz y en nada pensarás sino en aprovecharte de mis beneficios; goza y ríe y no preguntes nada mas» pero esto que basta á la niña, no basta para la mujer! en la edad de la razón estoy, á la juventud he llegado, y hoy la niña tiene derecho á saber cuales es su origen, cual es su nombre, que podrá responder á los que la pregunten por su madre.

Alberto no esperaba tanta energía en las palabras de Marina, y dudó un momento para responder á ellas.

Al fin mirándola fijamente, exclamó con voz sombría.

—Y si yo me negase á responder á tus preguntas?

—Oh! eso es imposible! no será V. tan cruel!

—Pero...

—En ese caso volvería una vez y otra y ciento á repetir mis súplicas, hasta que alguien tuviera piedad de mí, y me diera noticias de la madre á quien busco.

—Yo vengo á traerlas! dijo una voz clara y suave detrás de Marina: Yo vengo á traerlas.

La niña y Alberto volvieron la cabeza al par, y ambos hallaron á Margarita que levantaba con una mano el portier, mientras que con la otra se apoyaba en la pared para no caer.

—Como! qué es esto! exclamó Alberto frunciendo las cejas y levantándose rápidamente, semejante paso... tal atrevimiento...

—Perdone V. señor Baron de Almonacid, perdón V. si al saber hoy el afán de esta niña, he venido á buscarla para decirle la verdad! para traerla el último adiós de su madre... de su madre que ya no existe, y á quien no puede encontrar sobre la tierra!

Un grito agudo se escapó de los labios de Marina.

Alberto miró á Margarita como queriendo adivinar su intención en aquel triste y bello semblante, y Margarita clavó en él una mirada tan elocuente, que él esperó sin atreverse á preguntar.

Sobre la frente de aquella mujer se veía escrita una resignación tan admirable, y en sus descoloridos labios se pintó una sonrisa tan desdenosa y tan amarga, mientras miraba al que era su esposo, que este creyó adivinar intuitivamente que Margarita no faltaría á su promesa y que sabría guardar su secreto.

Marina entre tanto con el rostro cubierto con sus manos, lloraba en silencio, mientras rogaba á Dios por su madre.

Ay! ¿no la acababan de decir que había muerto?

—Perdone V., hija mia, exclamó Margarita con voz débil y tarda, perdone V. si he venido aquí, y V. también, señor Baron, dispense si he llegado hasta esta estancia sin prevenirle, y siguiendo solo la indicación de una doncella que me dijo que esta señorita se hallaba aquí, y aquí me dirigí sin guardar las etiquetas que la sociedad exige: pero era preciso que yo la viese! había empeñado una palabra y debía cumplirla! por eso...

—Ah! señora y esa palabra?...

—Era... la de manifestar a V. la última voluntad de la que le dió la vida!

—Madre mia! ¿luego V. la conoció? V....

—Yo sola, yo sola he podido medir la extensión de los dolores que ella ha agotado, de las luchas que ha sostenido! yo sola he podido leer en aquel pobre corazón tan desgarrado y tan combatido!

—Pero ¿ha muerto? no me engaña V.? es cierto por mi desgracia que ha muerto?

—Sí: murmuró Margarita haciendo un supremo esfuerzo: sí, ya no existe.

—Infeliz de mí! exclamó Marina con una explosión de llanto, ya no tengo esperanza alguna sobre la tierra.

Margarita estaba semejante a un cadáver galvanizado, ni podía llorar ni exhalar un gemido.

Alberto desencajado y sombrío no se daba cuenta de lo que veía.

La madre con los ojos fijos en su hija sentía una especie de placer delirante en mirar correr aquellas lágrimas.

Ay! aquellas gotas de llanto le probaban la intensidad de un amor que no podría gozar nunca, pero que era suyo, que no habían podido arrebatárle.

—Valor, señorita, dijo al fin: valor! hoy empieza V. á cruzar la vida, y Dios hará que la calma vuelva á su espíritu y la felicidad á su alma. El mundo la ofrece á V. muchos dones! posición, riquezas... nombre.

—Nombre! ay de mí! cual es el mío? exclamó Marina en su dolor.

—Yo estoy encargada de decírselo! respondió Margarita al escuchar aquella dolorosa pregunta.

—Margarita! exclamó Alberto aterrado, ¿qué vas á decir?

—Tranquilízese V. señor Baron, voy a asegurar la felicidad y el porvenir de esa niña, pero su madre ha muerto! Podrá el noble avergonzarse

de la pobre mujer que escogió por compañera, pero el padre no puede avergonzarse de la hija cuya sangre tiene en las venas!

Margarita se detuvo un instante fatigada y sin aliento.

Después continuó:

—Escúcheme V. señorita, pues debo alejarme pronto y quiero cumplir mi misión. Su madre de V. era una pobre aldeana sin mas bienes que su virtud: vióla un noble rico y poderoso y... yo no sé si la amó... ¡tal vez sí, pues lo olvidó todo por ella... y la hizo su esposa.

—Ah! exclamó Marina respirando con afán.

—Oh! murmuró Alberto pendiente de los labios de Margarita.

—Después... continuó esta, después, poderosas razones de familia obligaron á los dos esposos á tener oculto aquel enlace, del cual fué V. el tierno fruto. Mil veces el esposo quiso hacer pública su unión, y dar a la hija y á la esposa el lugar que les correspondía, pero esta se negó siempre.... siempre! era orgullosa y no quería entrar en una familia que acaso la hubiera desdenado, Su padre de V., señorita, la amaba tanto que no se atrevió á contrariar su voluntad.

La voz de Margarita al pronunciar estas palabras tenía un acento tan amargo que hizo estremecer á Alberto.

Marina, con el alma pendiente de aquel relato, de nada de esto se apercibió.

—Aquel tierno esposo, continuó Margarita con el mismo tono, empleó todos los medios que estuvieron á su alcance.... pero nada consiguió, sin embargo su padre de V. quiso tenerla á su lado, y.... y su madre cedió.... cedió á separarse de V. antes que vencer su orgullo y deponer su resistencia. Entonces... entonces él aseguró el porvenir de la que tanto amaba haciéndole una donación de cuantiosos bienes, y V. vino á vivir á la casa que era suya!

—Ah! ¿qué quiere V. decir? preguntó Marina mirándola con ansiedad.

—Su padre de V. á guardado el secreto, porque al presentar a la hija en la sociedad quería presentar á la madre, y como esto le era imposible, porque la madre se oponía, callaba... callaba, y sin embargo la amaba á V. y anhelaba el instante de decirla públicamente «hija mia.»

—Dios mío!

(Se concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Con esto parece que hacemos público alarde de rebelion contra la iglesia y que nos burlamos ó tenemos en poco lo que ella nos ordena. Consagremos pues, amigos míos, consagremos un día á Dios cada semana, reconociendo así que le debemos obediencia y sumision y gratitud al dedicar á su servicio una parte de nuestro tiempo. Si el trabajo nos produce bienes temporales, ese día de descanso nos producirá bienes eternos, que nada en la vida será capaz de recompensar.

Ahora despedámonos hasta mañana en que os espero tambien aquí.

Todos se levantaron y la anciana señora dirigiéndose á Lorenzo, le dijo muy bajo, y deteniendole suavemente.

—Si esta noche no tiene V. grandes que hacer y le suplico que se quede, amigo mio; le necesito algunos instantes y en caso de que se haga tarde José le acompañará á V.

El mendigo se detuvo absorto.

—Qué me necesita V. E.? exclamó.

—Oh! sí, y no soy yo sola; hay alguna persona que le espera en mi gabinete y que me encarga manifestarle su deseo de hablar con V.

Lorenzo se puso pálido, el instinto de su alma le dijo que se trataba de Nicolás, del que él juzgaba su mayor enemigo, y que en aquella conferencia secreta se iba á tratar del pasado, tan doloroso y tan oscuro para él.

La noble anciana, notando su vacilacion le tendió la mano arrastrándole tras si suavemente.

—Valor, amigo mio, le dijo, piense V. que Dios está á su lado y que Él va á escuchar las frases que aquí se van á pronunciar.

Lorenzo se dejó guiar por la Marquesa y ambos penetraron en el gabinete donde ya los esperaban el buen párroco y el arrepentido Nicolás.

Cuando Lorenzo adelantó, guiado por la Marquesa, sintió que otra persona se aproximaba hacia él.

El corazón del pobre ciego latía con violencia y presentía que iba á encontrarse en una de las situaciones mas difíciles de su vida.

Muchos años hacia que en su pecho se anidaba un ódio profundo hacia un hombre á quien juzgaba causa de sus desgracias.

Aquel hombre era Nicolás.

En la muerte de Dolores, en su expulsion de la casa de su bienhechor, habia habido algo de misterioso y terrible, que él adivinaba, pero que no podia explicar.

La justicia de los hombres se habia dado por satisfecha: nada habia encontrado en aquellos hechos que delatara la existencia de un crimen: pero en el corazón de Lorenzo habia una voz misteriosa que le decia sin cesar, «tu esposa á muerto víctima de una violencia, aquí ha habido un delito que los hombres no conocen, pero que Dios castigará.

Y como la única persona que habia dejado al partir en la casa era Nicolás, sobre él habian caído sus sospechas

nada más. Luego, la variacion que se notara en la suerte de este, su intimidad con los herederos de don Damian, justificaban sobradamente estas sospechas que el infeliz Lorenzo se habia visto precisado á ocultar en el fondo de su alma.

Todos estos sentimientos adormecidos en su corazón por la vejez y la religion, se despertaban ahora poderosos y llenos de amargura en aquella mente ofuscada por la desgracia y por las sombras que la envolvian.

Sin embargo, como Dios no nos abandona en los combates mas rudos de la vida, allí estaban, para sostener al pobre ciego, la religion, representada por el anciano sacerdote, la caridad y la esperanza por la bondadosa Marquesa de la Fé, y el arrepentimiento, por el arrendatario del cortijo de los Nogales.

En cuanto á este, confuso y temeroso esperaba la solucion de lo que iba á pasar allí, como el reo aguarda su sentencia, pero resuelto á todo para cumplir con su deber.

—Lorenzo, dijo la Marquesa con acento grave aun que afectuoso, hemos querido, tanto el señor cura como yo, traer á V. aquí, pues necesitamos conocer su voluntad antes de resolver nada en un asunto de gran trascendencia, pues en él se juega el porvenir, la honra y tal vez algo mas, de muchas personas, culpables unas, arrepentidas las otras, é inocentes tambien las mas.

—Y yo puedo influir.....?

—Si, V. solo, amigo mio, puesto que se trata de callar un delito cometido hace mucho tiempo, ó de delatarlo á la justicia, poniéndose bajo su amparo.

El mendigo vaciló un momento, despues preguntó con afán.

—¿Y que podría yo hacer con invocar las leyes, si aun que presienta la culpa no tengo medios de hacerla patente?

—Es que existen pruebas irrecusables que hablarian en favor de V.

—Pruebas? exclamó Lorenzo agitado, pruebas de que mi pobre muger fué víctima de un atentado?

—No, respondió la Marquesa; nada de eso: solo sí de que hay una herencia que le han arrebatado, cuando debia ser suya únicamente.

El mendigo inclinó la frente, perdiendo parte de la energía que habia manifestado antes.

Nicolás retirado á un extremo oia sin haber pronunciado una sola frase.

La Marquesa entonces tomó de nuevo la palabra y con digna sencillez, sin alterar un punto la verdad, refirió á Lorenzo cuanto sabia por la declaracion de su colon, y cuanto decia en la carta encontrada por sus nietos, y que ella guardaba en su poder.

El desgraciado anciano, durante la narracion de la noble señora, parecia entregado á los mas contrarios sentimientos, y de vez en cuando gruesas lágrimas rodaban de sus ojos sin luz, por sus mejillas rugosas y tostadas por el sol de tan largos años.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.